Claude Lévi-Strauss, en una imagen tomada en París en 2005

EFE

natismos religiosos, la voracidad industrial, la rapacidad mercantilista, la desertización moral y espiritual de nuestra civilización.

Melómano y lector voraz

Desde hacía veintitantos años, Lévi-Strauss estaba parcialmente alejado de la vida intelectual, sin estar totalmente ausente. En un memorable libro de diálogos y recuerdos, el maestro de la antropología estructural denunciaba la nulidad de un cierto pensamiento francés del último medio siglo. Ensayo tras ensayo, siempre más alejados en el tiempo, el moralista volvía una y otra vez a sus temas esenciales: la música, las leyendas, el mestizaje de las culturas, la «estructura» («arquitectura espiritual», en la terminología de Juan Ramón Jiménez) de los pueblos y las culturas. Hasta el fin, lento, silencioso, Lévi-Strauss siguió siendo un lector voraz y un melómano fuera de serie, un caminante solitario, intentando escrutar en la geometría de las estrellas, como Rousseau, el ocaso de las civilizaciones.

«Los valores de Europa están hoy amenazados», me comentaba en una de las raras entrevistas, a tumba abierta, con un periodista español



Gabriel Albiac

Filósofo



El hombre que escribe

En los tristes trópicos, el caudillo *nambikwara* se sentaba horas enteras frente al joven forastero, pálido y larguirucho, que empleaba la mayor parte de su ocioso tiempo en trazar líneas y dibujos sobre un cuaderno abierto. El joven extranjero había llegado hacía ya un buen tiempo, acompañado por otro par de tipos con los que compartía palidez y lengua extraña. Era educado y amable; lo eran también sus compañeros. Los *nambikwara* son –eran– gentes hospitalarias y afables. Los aceptaron. Aunque sus extraños modos de perder el tiempo no podían sino resultarles carentes de la menor lógica o sentido. Y aquel, el larguirucho, se paraba cada dos pasos para hacer aquellas rayas sobre un objeto que sacaba del bolsillo.

El caudillo *nambikwara* descubrió muy pronto que aquel era el específico rito que consagraba la jefatura del tipo pálido ante sus hermanos de piel y lengua. Al cabo de una semana, se sentó enfrente de él, tomó un palito de dimensión semejante a la del que el extraño visitante utilizaba, y comenzó a trazar sus propias rayas en el suelo. Tanto tiempo cuanto lo hacía el otro sobre su cuaderno abierto. Pasados un par de días, un joven *nambikwara* se acercó a los dos, se acuclilló y empezó a repetir lo que hacía el jefe. El jefe le propinó un fuerte bastonazo en la cabeza y lo expulsó de allí con cajas destempladas. Nunca más ningún miembro de la tribu osó copiar el rito. Era el rito de jefatura. De un modo misterioso, el gesto *nambikwara* repetía la certeza que un griego formuló dos mil cuatrocientos años antes: que la escritura es poder y que el poder no se comparte.

A su vuelta a París, el joven larguirucho contó la historia de aquel jefe *nambikwara* en un libro que iba a revolucionar el pensamiento del siglo veinte europeo. Y Claude Lévi-Strauss inicia su camino en la leyenda. Su camino en la escritura. Ese que nunca acaba.